



Las palabras y el tiempo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *As palavras e o tempo*

De la edición y el prefacio, Roberto Corrêa dos Santos

En cubierta: ilustración © Mariana Valente

En página 1: Clarice Lispector © Pedro Henrique, por cortesía del autor
© Paulo Gurgel Valente, 2019

© De la traducción de los extractos: *La pasión según G. H.*,
Alberto Villalba Rodríguez; *Cuentos reunidos*, Cristina Peri Rossi,

Juan García Gayo, Marcelo Cohen, Mario Morales; *Agua viva*,

La manzana en la oscuridad, *La ciudad sitiada*, *La lámpara*,

Para no olvidar, *Todas las crónicas*, *Todas las cartas*, Elena Losada;

La hora de la estrella, Ana Poljak; *Aprendizaje o el libro de los placeres*,
Cristina Sáenz de Tejada; *Cerca del corazón salvaje*, Basilio Losada;

Un soplo de vida, Mario Merlino; de la traducción del capítulo

«Otros escritos», y del «Prefacio», inéditos, Antonio Jiménez Morato

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-73-8

Depósito legal: M-21.662-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Clarice Lispector

LAS PALABRAS
Y EL TIEMPO

Edición y prefacio
de Roberto Corrêa dos Santos

Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

«LAS PALABRAS nada tienen que ver con las sensaciones, las palabras son piedras duras y las sensaciones delicadísimas, fugaces, extremas».

Para no olvidar

«El modo en que, tranquilo, EL TIEMPO discurría era la luna altísima pasando por el cielo».

Una manzana en la oscuridad

Índice

Prefacio	11
Cerca del corazón salvaje	13
La lámpara	27
La ciudad sitiada	55
La manzana en la oscuridad	69
La pasión según G. H.	161
Aprendizaje o El libro de los placeres	197
Agua viva	213
La hora de la estrella	229
Un soplo de vida	241
Lazos de familia	295
La Legión Extranjera	329
Felicidad clandestina	339
¿Dónde estuviste de noche?	379
La bella y la bestia	393
El viacrucis del cuerpo	395
Para no olvidar	397
Otros escritos	413
Todas las crónicas	421
Todas las cartas	481

Prefacio

Las palabras y el tiempo es mucho más que la suma de *Las palabras y El tiempo*, recopilaciones editadas por Roberto Corrêa dos Santos, renombrado especialista en la obra de Clarice Lispector, con el cuidado de la edición a cargo de Julia Wähmann. En primer lugar, porque la secuencia en que aparecen los capítulos ha sido alterada para poder incluir 180 nuevas frases, recopiladas por el equipo editorial actual entre el material incluido en los volúmenes recopilatorios *Todas las crónicas* y *Todas las cartas*, que no existían en el momento en que se concibió este proyecto. Esto es: el presente volumen, al mismo tiempo que se mantiene estrictamente fiel al concepto de las obras en que se ha basado, expande y actualiza tanto la forma como el contenido.

También ha modificado el orden de los capítulos, para aportar una mayor coherencia y lógica, al ofrecer el libro dividido en tres partes que no aparecen nombradas ni segmentadas para ofrecer una mayor fluidez, pero que pueden delimitarse de este modo: primero se ofrece la selección extraída de las novelas, luego de las colecciones de cuentos y, finalmente, de las obras que pertenecen a otras categorías, como pueden ser las compilaciones de textos inéditos o dispersos donde se recogen las crónicas y la correspondencia privada de Clarice Lispector. Pese a este orden cartesiano, podría haberse ofrecido también otra división —como sucedió en las ediciones precedentes— sin que eso alterase en lo más mínimo la coherencia

del conjunto, pues conviene recordar que la lógica interna de la escritura de Clarice Lispector es muy particular y en cierto modo se asemeja a la del símbolo esotérico del Uroboros, la serpiente que se devora a sí misma como representación de la circularidad de lo eterno. En efecto, lo primero que salta a la vista al examinar este inventario de fragmentos de Clarice Lispector es su consistencia, de tal modo que habríamos podido agrupar todas, mezclando las que pertenecen a su primer libro, publicado en 1943, con las extraídas de los últimos, incluso de los póstumos, y las de los que fueron publicados entre ambas fechas, sin que se apreciase una notable diferencia, además de que ninguna de las frases perdería su capacidad de fascinarnos por el hecho de ser presentada fuera de su contexto original y sin plegarse al devenir cronológico. Son frases que exhiben una vida propia y resuenan hasta el día de hoy en los corazones y mentes de quienes las leen en el presente con la misma potencia y el mismo encanto que les infundió Clarice al escribir las.

Tal y como hacen los filósofos más estimulantes, Lispector nos ofrece pocas respuestas y nos enfrenta a muchas preguntas. No por el simple placer de desafiarnos, sino porque ella misma desconocía las respuestas y, por lo tanto, las buscó tenazmente hasta el final. La lectura de *Las palabras y el tiempo*, que puede ser consultado al azar, como quien abre un libro sagrado en busca de algún tipo de orientación para afrontar un problema concreto, exhibe todas las virtudes necesarias para convertirse en un libro de cabecera de los admiradores de Clarice Lispector, propiciando el contacto directo con las dudas y los descubrimientos que se reflejan en el espejo fiel de su alma y de su esencia más profunda: la escritura.

I

Cerca del corazón salvaje

Poseía las cosas incluso desde lejos.

Es preciso no tener miedo de crear.

Nunca hay que robar antes de saber si lo que quieras robar existe reservado para ti de modo honesto en alguna parte.

Es imposible ser algo que no se es, sin embargo, yo me excedo a mí misma incluso sin el delirio, soy más de lo que suelo ser normalmente.

Tengo un cuerpo y todo lo que haga es continuación de mi principio.

Acepto todo lo que viene de mí porque no tengo conocimiento de las causas.

Es posible que esté hollando lo más vital sin saberlo.

Podía suprimir todo lo que pensaba.

Soy muy joven aún y siempre que me tocan o no me tocan, siento.

Se miente y se cae en la verdad.

La única verdad es que vivo.

¿Quién soy? Bien, eso ya está de más.

Pierdo la conciencia, pero no importa, encuentro mi mayor serenidad en la alucinación. [...] Siento quien soy y esta impresión está alojada en la parte superior del cerebro, en los labios —en la lengua principalmente—, en la superficie de los brazos y también penetrando dentro, muy dentro de mi cuerpo, pero dónde, dónde exactamente, no lo sé decir.

¿De dónde viene esa certeza de estar viviendo?

Basta con silenciar para vislumbrar, debajo de todas las realidades, la única irreductible, la de la existencia.

Todo es perfecto, porque siguió de escala en escala el camino fatal con relación a sí mismo.

Nada escapa a la perfección de las cosas, esa es la historia de todo.

La piedad es mi forma de amor. De odio y de comunicación. Es lo que me sustenta contra el mundo, así como hay quien vive para el deseo y quien para el miedo.

Durmamos con las manos enlazadas. El mundo rueda y en alguna parte hay cosas que no conozco.

Durmamos sobre Dios y el misterio, nave quieta y frágil flotando sobre el mar, he aquí el sueño.

La fórmula se realizaba tantas veces: sentir la cosa sin poseerla. Solo era preciso que todo ayudase, la dejase leve y pura, en ayunas para recibir la imaginación.

¿Qué es lo que se consigue cuando se es feliz?

Después de que se es feliz, ¿qué pasa? ¿Qué viene después?

¿Cómo ligarse a un hombre si no es permitiendo que él la aprisione? ¿Cómo impedir que él despliegue sobre su cuerpo y su alma sus cuatro paredes? ¿Había algún medio para tener las cosas sin que las cosas la poseyeran?

Dentro de sí era como si no hubiera muerte, como si el amor pudiera fundirla, como si la eternidad fuese la renovación.

Los senos de la tía eran profundos, se podía meter la mano como dentro de un saco y retirar de allí una sorpresa, un bicho, una caja, Dios sabe qué.

La eternidad no era la cantidad infinitamente grande que se desgastaba, la eternidad era la sucesión.

Comprendía súbitamente que en la sucesión era donde se encontraba la máxima belleza, que el movimiento explicaba la forma —era tan alto y puro gritar: ¡el movimiento explica la forma!—, en la sucesión también se encontraba el dolor porque el cuerpo es más lento que el movimiento de continuidad ininterrumpida.

¿Haber tenido una infancia, no es ya lo máximo?

La vida humana es más compleja: se resume en la búsqueda del placer, en su temor, y sobre todo en la insatisfacción de los intervalos.

Toda ansia es busca de placer. Todo remordimiento, piedad, bondad, es su temor. Toda la desesperación y la búsqueda de otros caminos son la insatisfacción.

El que rechaza el placer, el que se hace monje, en cualquier sentido, es porque tiene una enorme capacidad para el placer, una capacidad peligrosa, por eso tiene un temor mayor todavía.

Malo es no vivir, solo eso. Morir es otra cosa. Morir es diferente de bueno y malo.

No sufras nunca por ser una cosa o por no serla.

Comprendía las palabras y todo lo que se encerraba en ellas. Pero, pese a todo, tenía la sensación de que poseían una puerta falsa, disfrazada, por donde se podría encontrar su verdadero sentido.

La verdad es que estoy de rodillas, desnuda como un animal, junto a la cama, y mi alma se desespera como solo el cuerpo de una virgen se puede desesperar.

Estoy en el mundo libre y ágil como una corza en la planicie.

Me levanto suave como un soplo, alzo mi cabeza de flor y, soñolienta, con los pies ligeros, atravieso campos más allá de la tierra, del mundo, del tiempo, de Dios.

La primera verdad está en la tierra y en el cuerpo.

Aquí estoy de vuelta en mi cuerpo.

Después de no verme desde hace mucho casi me olvido de que soy humana, me olvido de mi pasado y tengo la misma libertad de fin y de conciencia de una cosa que apenas está viva.

Al final, ¿qué importa: vivir o saber que se está viviendo?

¿Qué debe hacer alguien que no sabe lo que debe hacer con-sigo? ¿Utilizarse como cuerpo y alma en provecho del cuerpo y del alma? ¿O transformar su fuerza en fuerza ajena? ¿O esperar que de sí misma nazca, como una consecuencia, la so-lución?

Libertad es poco. Lo que deseo todavía no tiene nombre.

Lo principal —incluyendo el pasado, el presente y el futuro— es que estaba viva.

¿Por qué contar hechos y detalles si ninguno la dominaba en definitiva? ¿Y si ella era solo la vida que corría en su cuerpo sin cesar?

Nadie sabía que se sentía tan desgraciada que necesitaba ir en busca de la vida.

Había nacido para lo esencial, para vivir o morir. Y lo que servía de intermediario era el sufrimiento.

Comprende la vida porque no es suficientemente inteligente para no comprenderla.

Deseaba más todavía: renacer siempre, cortar con todo lo que había aprendido, lo que había visto, e inaugurar en un nuevo terreno donde todo pequeño acto tuviera un significado, donde el aire fuera respirado como por primera vez.

Existía el peligro de permanecer en el sufrimiento y de organi-zarse dentro de él, lo que sería un vicio también y un calmante.

No se entiende la materia y no se la percibe hasta que los sen-tidos chocan con ella.

¿Por qué llamarle hoja seca cuando solo soy un hombre cruzado de brazos?

Miedo de no amar, peor que el miedo de no ser amado.

Le gustaba pensar en voz alta, desplegando un raciocinio sin plan, que simplemente se prolongaba.

Si una piedra cae, esa piedra existe, hubo una fuerza que la hizo caer, un lugar de donde cayó, un lugar donde cayó, un lugar por donde cayó —creo que nada escapó a la naturaleza del hecho, a no ser el propio misterio del hecho—.

En el momento en que intento hablar, no solo no expreso lo que siento, sino que lo que siento se transforma lentamente en lo que digo.

Lo que me hace actuar no es, seguramente, lo que siento, sino lo que digo.

Porque cuando la había abrazado la había sentido vivir súbitamente en sus brazos como agua corriendo. Y viéndola tan viva, había comprendido, abrumado y secretamente contento, que si ella lo quisiera él nada podría hacer...

Si rezara, si pensara, sería para agradecer tener un cuerpo hecho para el amor.

Oh, Dios, ¿quién sabe si no estoy haciendo de esto más que amor?

Continúo siempre iniciándome, abriendo y cerrando círculos de vida, arrojándolos a un lado, mustios, llenos de pasado.

Cuántas veces le había dado una propina exagerada al camarero solo porque pensó que él iba a morir y no lo sabía.

Amo más lo que quiero que a mí misma.

Ya sabes: un poco de oscuridad y luego aire en abundancia es algo que beneficia a todo organismo, recibe vida.

Es lo que ocurre con una criatura desatendida. Cuando lo recibe todo, de repente reacciona, rebrota, a veces mejor incluso que las otras.

En mi naturaleza no entra el sentirme ridícula, me aventuro siempre, entro en todos los escenarios.

El enfermo imagina el mundo y el sano lo posee.

La poesía de los poetas que sufrieron es dulce y tierna, mientras que la de los otros, la de aquellos que de nada se vieron privados, es ardorosa y rebelde.

¿Qué hay que hacer entonces con el dinero si no es guardarla para gastarla?

Es necesario poseer cierto grado de ceguera para poder descubrir algunas cosas. Ese es tal vez el signo del artista. Cualquier hombre podía saber más que él y razonar con seguridad, siguiendo la verdad. Pero precisamente aquellas cosas escapan a la luz fulgurante. En la oscuridad se vuelven fosforescentes.

No es el grado lo que separa la inteligencia del genio, sino la cualidad.

Mis cualidades son tan pequeñas, iguales a las de otros hombres, en cambio mis defectos, mi lado negativo es bello y cóncavo como un abismo.

Lo que no soy dejaría un enorme hueco en la tierra.

No halago mis errores.

Quien escribe esta página hubo un día en que nació. Ahora son exactamente las siete y pico de la mañana. Hay niebla allá fuera, más allá de la ventana, de la Ventana Abierta, el gran símbolo.

Me siento tan dentro del mundo, que me parece que no estoy pensando, sino sirviéndome de una nueva modalidad de respiración.

Otro muriendo, otro oyendo música, otro se mete en una bañera, esto es el mundo.

Un hombre solo no encuentra el pensamiento estúpido de un lado y la paz de la vida verdadera en el otro.

No se puede pensar impunemente.

La necesidad de gustar: señal del hombre.

En las afirmaciones de Spinoza se encuentran muchas respuestas. En la idea de que no puede haber pensamiento sin extensión, por ejemplo (modalidad de Dios), y viceversa, ¿no está afirmada la mortalidad del alma?

Todo lo que podría existir existe. Nada más puede ser creado, solo revelado.